



número 18 (segundo semestre 2008)
number 18 (second semester 2008)

Editorial

El sueño de la casa propia Universidad y academia en debate

Hace apenas diez días en el diario *La Nación* el rector de una de las universidades privadas más importantes del país afirmó que la universidad no puede ser masiva y que precisamente esa masificación es el gran drama de estas instituciones en Argentina.

No está sólo. No es una voz elitista aislada.

Esa visión acerca la realidad educativa nacional no es exclusiva de este tipo de instituciones. En intervenciones públicas distintas figuras relevantes de las ciencias sociales argentinas plantean ideas semejantes desde dentro de las universidades nacionales.

Al analizar algunos de sus planteos podremos aprehender cual es el modelo universitario y académico que se intenta imponer hoy por hoy (y no sólo desde la Universidad Austral o San Andrés).

Luego del regreso democrático en 1983 distintas corrientes dentro de cada disciplina de las ciencias sociales y las humanidades plantearon la necesidad de profesionalizar el trabajo del historiador, sociólogo, antropólogo, etc.; de establecer un *control de calidad*.

Sin embargo algunos miembros de estas corrientes aseveran actualmente que este proceso lamentablemente no se completó pues se encontró con un problema difícil de solucionar nacido de la propia organización de las universidades públicas argentinas: su masividad.

Ésta fue un escollo insalvable para el plan impulsado por una elite intelectual que, en sus propias palabras, ha conformado en las últimas décadas *una escuela de primer orden* dentro de una universidad nacional en crisis.

En un reportaje concedido a *Clarín* cuatro años atrás, uno de los máximos exponentes de esta intelectualidad hegemónica contrapone masificación con calidad explícitamente:

Así, se contrapone masificación con calidad, tal como lo explicitó Halperin Dongui, hace unos años en *Clarín*, “[...] Desde que la universidad publica se organizó según los principios del reformismo, su gran problema es como funcionar a la vez con una lógica democrática y una meritocrática. Y hay que confesar que solo lo consiguió en periodos breves. Últimamente parece preocuparse cada vez menos por responder a las exigencias de la segunda de estas lógicas. [...]”

Otra de las tensiones que genera esta masividad, según este tipo de interpretaciones, se relaciona con la problemática laboral de los egresados. De los centenares y millares de estudiantes de ciencias sociales y humanidades que egresan sólo un puñado puede ser integrado al mundo académico. Los demás, la gran mayoría, tendría como destino la *Siberia* de los egresados formados en la universidad pública: la educación media.

Según esta mirada, este desequilibrio entre oferta y demanda de investigadores sociales tiene dos consecuencias negativas visibles.

Por un lado, genera una agudización de las codicias cuya base de sustentación es el doble proceso de disminución de recursos y sobrepoblación de aspirantes. Las nuevas cátedras surgidas en la Universidad de Buenos Aires en el nuevo milenio serían expresión de esto:



un grupo de desplazados que busca hacerse un lugar donde no lo hay.

Por otro lado, esta proliferación de investigadores acarrea una ultra especialización. Aunque la especialización y sus “beneficios científicos” es un tema, sin duda, a discutir lo que aquí llama la atención es como y donde se ubica a esos historiadores y científicos sociales *especializados*. En esta situación a las nuevas generaciones se les asigna una posición secundaria, irrisoria. Bien en claro lo dejó un historiador argentino central al afirmar en mayo de 2005 en el suplemento Ñ de Clarín: “[...] Si se permite la comparación, a mi me tocó participar en la primera etapa de construcción de una casa, luego siguen otras, hasta que se llega a la redecoración de las habitaciones.” (Tulio Halperin Donghi, suplemento Ñ de Clarín, mayo 2005).

De aquí se desprenden dos posibles conclusiones. En primer lugar, que no hay otra casa posible. Hay una y ya esta construida. En segundo lugar, que dentro de la casa hay un límite de trabajo; una vez que se decore el último cuarto no queda más por hacer. Las cátedras paralelas y otras expresiones historiográficas serían entonces, si se nos permite la comparación, *aberraciones arquitectónicas*.

Aquellos que acceden al pequeño *paraíso* académico deben entonces seguir al pie de la letra las recomendaciones de algunos popes académicos y un manual único y (¡que paradójico!) fijo y, por ende, ahistórico.

Lo cierto es que determinadas corrientes hegemónicas en las universidades públicas hoy en día defienden una visión educativa básicamente elitista y antidemocrática. Se presentan como asépticas y únicas. La elite ilustrada de la que forman parte sería la que determine cuales son los procedimientos a realizar, quienes los cumplen y, en base a estos, quienes son los que pueden acceder al pequeño universo académico de becas y subvenciones. Quienes decoren el edificio que ellos construyeron, es decir, quienes en base a estudios de caso apoyen las hipótesis generales de los investigadores mayores, serán los que ingresen a la civilización de la academia de calidad.

Mientras, la barbarie esperará fuera hasta que las resistencias desde dentro cedan a las fuerzas de los excluidos, a las fuerzas de aquellos que quieren construir su propia casa, que sueñan con la casa propia. Frente a las corrientes que se presentan como neutrales, distintas líneas teóricas y políticas plantean la imperiosidad de tomar posición y de rescatar la memoria y la lucha de los olvidados que haga las veces de lo que Jean Chesneaux denominó *fondeaderos para las luchas de hoy*. Noción esta que se liga claramente a la que Walter Benjamín expresó en una de sus tesis en “Sobre el concepto de historia”:

“Articular el pasado no significa conocerlo ‘tal como fue en concreto’, sino mas bien adueñarse de un recuerdo semejante al que brilla en un instante de peligro. [...] El don de atizar para el pasado la chispa de la esperanza solo toca en suerte al historiógrafo perfectamente convencido de que, si el enemigo triunfa, ni siquiera los muertos estarán seguros. Y ese enemigo no ha cesado de triunfar.”

Septiembre de 2008

Marcos Schiavi
Comité Editorial